EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm. 9533

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 1'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

VIERNES 11 DE AGOSTO DE 1893.

CONDICIONES:
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISION DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid.—Taponadoras.—Ingertadores.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillaje.—Cubas.—Cables.—Desincrustante.—Manufacturas de cautchuc y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barrenas.—Picos.—Legones.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosáicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, balaustres, remates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Mayólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas—Camas—Espejos.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc.

PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA.

CORREO DE SEÑORAS.

(DESDE PARIS.)

Las modas masculinas, menos variables que las nuestras, están, sin embargo, sujetas á diversos cambios que creemos interesa consignar. Seguramente nuestras lectoras no se enfadarán de que nos ocupemos hoy, casi exclusivamente, del sexo fuerte. Pensamos, en efecto, que nuestras lectoras tendrán gusto en dar, siempre que se presente ocasión propicia, un consejo, con conocimiento de causa, á sus padres, maridos, hermanos y... ¡hasta á sus yernos!

Desde hace bastantes años es la moda inglesa la que decide acerca de las telas, de los colores y de las formas de los trajes masculinos. Algunos parisienses no se contentan con hacerse vestir por sastres ingleses que residen en París, sino que encargan sus trajes á Londres, y ciertos jóvenes muy distinguidos llevan su anglomanía hasta el extremo de hacer lavar su ropa blanca y planchar sus camisas al otro lado del canal de la Mancha. Sin aprobar estas exageraciones, es preciso, sin embargo, reconocer que nuestros vecinos sobresalen en el arte de formar prácticas de gran corrección y que nos convienen imitar.

La *toilette* de mañana para el campo ó para la playa, para hacer ejercicio, debe revelar cierta negligencia; se compone de pantalón bastante ancho, americana de lana natural crema, lisa ó á cuadros, llamada *chip* y camisa de franela ó de muselina de lana, de matiz pálido, con finas rayas de seda. El cinturón que reemplaza al chaleco es de color crema, malva ó azul marino; se compone de una larga banda de seda que da vuelta al talle y que se anuda por sus puntas. También se usa el cinturón de cuero, muy práctico, pero menos lindo que el precedente.

Con la camisa de lana se lleva generalmente, en vez de corbata, un cordón; algunos elegantes prefieren á éste un pequeño lazo, hecho á mano, ó el nudo marino de foulard, muy apretado y cuyas puntas llegan hasta el cinturón.

Añadamos que los elegantes *á la última moda marinera*, no salen nunca, aunque haga un tiempo inmejorable, sin llevar recogido el pantalón. Como persista esta fashionable costumbre será preciso que el pantalón sea más largo que lo que necesite el individuo para que, vuelto el falso, se adapte á la estatura de su dueño. Este mismo traje, de tela gruesa de seda cruda, ó de tela blanca, con camisa de foulard, es tan agradable como fresco para llevarlo en el campo los días de gran calor.

El sombrero de paja natural es ahora el clásico; pero es más nuevo y tiene una ligereza muy apreciada el blanco, hecho de virutas de madera trenzadas.

El calzado es de cuero natural, con lazo, punta redonda y suela fuerte. Los más refinados llevan con el terno blanco, zapato de piel mate, tono crema. Si se trata de estar mucho tiempo en las playas, será conveniente proveerse de calzado de cuero amarillo con suela delgada, también de cuero, reforzada con otra de cautchouc que avance más, preservando de este modo al pie de la humedad del agua del mar. De esta clase de zapatos, recomendados por los higienistas, los hay también para señoras y niños.

Los calcetines son de seda ó de hilo, y de un solo color muy obscuro, azul marino, negro ó marrón; á menudo están bordados ligeramente con seda clara. Algunos excursionistas llevan medias de lana y calzoncillos cortos que se juntan con aquéllas en las rodillas.

Para la comida ó para pasear en la terraza del casino es de muy buen tono llevar en esta estación la levita gris de talle corto y largos faldones, prenda que basta para el caso; se usa con pantalón y chaleco gris ó negro: el sombrero será de fieltro flexible, también de color gris con casco plegado y bordes vueltos; la camisa con pechera de batista de color á tablas, con cuello y puños de tela blanca, está admitida para este traje *demimondaine*; el cual acompaña la corbata de tela blanca ó la corbatita de seda negra, formando lazo hecho á la mano.

Siempre que se vaya á comer á casa de algún amigo, ó cuando se quiera pasar la velada en los salones del casino, es de rigor llevar el smoking. Se hace de paño de fantasía ligero, de negro mate, con grandes solapas de seda, y le acompañan el pantalón negro ó de matiz muy claro, el chaleco también negro, poco abierto, ó el blanco, mucho más fresco y elegante.

Los chalecos son mucho menos abiertos que los que se usaban el año pasado, y sólo dejan ver una parte muy reducida de la pechera; sin embargo, el que se lleva con el frac, sea blanco ó negro, es muy abierto.

Como se encuentra en *entredicho* para esta estación el sombrero de copa, ha sido adoptado para la noche el de fieltro flexible, negro, con bordes vueltos y casco plegado.

El único calzado admitido es el escarpín, ó si se encuentra preferible, el zapato lustrado y calcetines de seda negra.

Los guantes deben ser blancos ó gris pálido con cordoncillos que armonicen con el color; ya han caído en desuso los guantes claros bordados de negro y ahora que ciertos aristócratas ingleses se han declarado resueltamente contrarios al uso de los guantes, creemos oportuno decir algo sobre esto. En Francia, uno de los puntos más controvertidos del código de la moda, ha sido el de saber si es conveniente que los hombres usen guantes en una *soirée*.

Bajo el segundo imperio, y aun durante los primeros años de la República, hasta 1875, no hubo duda acerca del particular. Ningún hombre vestido de etiqueta se atrevía á entrar en un salón sin llevar las manos enguantadas de blanco.

Mas á partir de esta fecha se operó una reacción, merced á la influencia de la colonia americana.

No solamente se veía á los hombres sin guantes en los salones y en los teatros, sino que se llevó la exageración hasta el extremo de bailar con las manos desnudas.

Sin entrar á discutir esta decisión *yankée*, bueno será decir que muchas damas se quejaron del perjuicio que les causaba en sus lujosas y ligeras *toilettes* el contacto de las manos de los bailarines.

Al fin se volvió de este acuerdo, y los guantes proscriptos reaparecieron en los bailes, y hoy es costumbre salvo en los bailes, en las comidas, teatros y recepciones, los hombres no lleven puestos los guantes; se exhiben, ora entre el chaleco y la pechera, ora en el ala del *clac* cerrado.

LA RECETA DE LA SEMANA.

Sopa de almondiguillas.—En un tartera se ponen cuatro huevos, la cuarta parte de un cuartillo de leche, dos onzas de manteca fresca, un poquito sal y pimienta; bátase todo, mezclándolo con un poco de harina, hasta que se haga una masa consistente; después se hacen las almondiguillas del tamaño de una aceituna, espolvoreándolas con harina, y se fríen en manteca; échanse en la sopera, y se vierte encima el caldo.

MARIA.

COLABORACION INÉDITA

ANACRONISMO.

En el asilo de dementes de Z. me enseñaron hace bastantes años ya la fotografía de un alienado que acababa de morir, lamentando que yo no hubiese podido verle vivo y oir sus predicaciones.

La historia de Celso era que se le había cojido, mejor diré cazado, en una cueva montés, donde llevaba vida salvaje mortificando su cuerpo con extravagantes y asperísimas penitencias. El retrato estaba hecho al día siguiente de su ingreso en el manicomio.

Lo contemplé largo rato, sorprendida de la típica y espiritual belleza que resplandecía en los rasgos de tan extraña figura. La tarjeta le presentaba de medio cuerpo arriba, desnudo, con el cabello y la barba crecidos desmesuradamente.

Su cara era muy larga, su nariz fina y angosta; su cráneo prolongado y abovedado, recordaba la traza de los pórticos ojivales; sus ojos, hundidos en las cuencas, expresaban una abstracción profunda. Sobre la tetilla izquierda se percibía el tatuaje de una cruz apoyada en una esfera, que simbolizaba sin duda el mundo.

Estaba la anatomía de Celso seca y consumida como la de una momia, y me recordó la plumada feliz conque ha sido descrito San Pedro de Alcántara, diciendo que parecía hecho de raíces de árboles.

Me enteraron de que esta flacura y demacración se debía al ayuno que Celso rigurosamente practicaba, y á que no bebía más agua de la que le cupiese en el hueco de la mano.

Y cuando pregunté qué significaba la zona oscura que se advertía desde la mitad de las costillas hasta donde empezaba el paño femoral, me respondieron que era la huella del horrendo cilicio de púas de hierro que le quitaron trabajosamente antes de recluirle en la celda.

—No se puede Ud. figurar—añadieron—las barbaridades que hacía con su cuerpo el pobre hombre.

Tenía en las rodillas dos durezas, de un centímetro de grueso, formadas por el hábito de permanecer de rodillas sobre un peñasco horas y horas, hasta que caía desmayado de debilidad.

Si le hubiésemos fotografiado de espalda, vería Ud. el mapa que traía en los lomos, de los disciplinazos que se arreaba con una cuerda de nudos, ó con un trapo enrollado donde escondía unos guijarrillos.

Increíble parece que resista tales embates la naturaleza humana. Aquí, después de que se le extrajo, vino un barbero y le desmechó una selva de pelos; le arreglamos, le vestimos, le dimos una buena cama y una comida aceptable, digo sobre todo, después de las hierbas sin sal con que se mantenía en su antro. Pero, á buena parte, como si se lo diese á una estatua.

Empeñado en no probar alimento, porque decía el muy bulo que era demasiado bueno para él.

Llegamos á temer que se muriese, y qué discurrimos? Una cosa bastante aguda.

Le presentamos la comida en un plato roto, diciendo al ofrecérsela: «Esto te lo damos de limosna; cómelo por el amor de Dios.»

Si más pronto lo rezamos más pronto se lo engulle.

—Y les daba á Udes. mucho que hacer mientras—pregunté con interés sumo.—Alborotaba? escandalizaba? tenía ascensos?

—Quia! Ni por pienso. Siempre tan manso y tan humilde. Sólo que no nos obedecía sino en lo que le daba la gana, y ahí te quiero, para reducirle á que se acostase, á que no se pasase las noches de invierno descalzo y medio en pelota, arrodillado sobre el baldosín.

Llegamos á atarle á la cama, pero vimos que el remedio era peor que la enfermedad, porque trabajaba para hincarse las ataduras en la carne y reemplazar una mortificación con otra. Y no se figure Ud. trabajaba ligo; ayudaba á los loqueros siempre que fuese en cosas bajas y en menesteres muy infames. Si veía algún loco en la cama se ofrecía para las tareas que repugnan, para lavar lo que da asco... y lo ejecutaba con un gusto, más gracioso, pasmoso. Luégo le besaba los pies al enfermo, y le hacía mil fiestas, tendiéndose como un perro al pie de su tarima.

Una vez le dió á otro loco por tomarle ojeriza á Celso.

Como los locos son tan vengativos, y generalmente no abandonan la tema hasta que la satisfacen, procuramos que no se encontraran cerca en el patio á la hora de la recreación, ni en la capilla, ni en parte ninguna.

¿Pues quién le dirá á V. que Celso de su propia voluntad nos cogió las vueltas y se fué á entregar á su enemigo, diciéndole que allí estaba, que ya podía hacer de él lo que quisiera y castigarle si así le placía, pero que por Dios tuviera caridad, en interés de su alma?

El maldito loco, ya se ve, qué más quiso?

Trincó un palo y dió la gran solfa á Celso.

Llegamos á tiempo de quitárselo medio moribundo, y á mí se me figura que debió de quedar resentido de la paliza, porque le alcanzaría algún golpe en mal sitio; el caso es que desde aquel día siempre anduvo renqueando, siempre con calenturilla, hasta que se postró y no se levantó más.

Como viesen que me había quedado pensativa después de la historia y que volvía á examinar el retrato, me preguntaron qué opinión formaba de Celso.

—Primero desearía que me dijesen Vds.—respondí—en qué consistía su locura.

—Su locura! Cómo, su locura! Después de lo que acaba V. de oir... ¿Le parece á V. poca guilladura no comer, matarse á golpes, dejarse reventar por otro demente, hacer esa vida de irracional, de bestia feroz, en las cuevas de las montañas, lejos de la humanidad sin provecho para nadie?

Mire V., aquí vienen, claro está, muchísimos enfermos, y algunos realmente tarda en conocérseles la manía, y hasta, en conciencia, cuando los observamos tan sensatos, tan formales, tan correctos, no podríamos jurar que fuesen locos.

Lo que es Celso... con verle bastaba. De fijo que si V. lo ve, no le deja andar suelto por el mundo.

Sonreí por deferencia, comprendiendo que no nos entendíamos. Y cerrando los ojos, evoqué un instante la austera visión de la Tebaida y los anacoretas en éxtasis, casi sin carne mortal, abrasados por la llama interior de su fervorosa. Los siglos no habían pasado: la imaginación suprimía el curso del tiempo.

Emilia Pardo Bazán.

Agosto del 93.

(Prohibida la reproducción.)

LOS JURADOS

Los jurados para el cuatrimestre próximo de esta ciudad y La Unión, han resultado por sorteo los siguientes:

JUZGADO DE CARTAGENA.

Cabezas de familia.

Telesforo Alemán, Eulogio Avilés, Tomás Benito Vera, José Antonio Artés, Juan Belda, José Ayuso, Rafael Alcaráz, Santos Bolarín, Antonio Cornet Bailina, José Carrión Moreno, Samuel Ros, Tomás Bérual Arroyo, Juan Cayuela, Blas Cánovas de Guerao, Joaquín Carrión Pedreño, Cleofás Canó Alberola, José Calderón, Andrés Gálvez Gómez, Juan Casanova, Emilio Doggio, Salvador Garnero Gómez, Antonio Gomariz Cascales, José Gómez Murcia, Ginés García Torralba, Antonio Fernández Berta, Juan Díaz Ino, Francisco Díaz La Rosa, Miguel Pons, Francisco Gómez Murcia, Adolfo Egidio, Juan Hernández Hermosilla, Jerónimo Gutiérrez Conesa, Adolfo López, José Antonio López, Monreal, Enrique Ibáñez, Florencio Izquierdo Aznar, Guillermo López, Francisco Rosa García, Juan García Giner, Antonio Manuel Cegarra, Juan Ortega Pagán